

LIBROS

Un estudio sobre el caciquismo

En su estudio clásico sobre el régimen político de la monarquía española en la Restauración, Joaquín Costa señalaba tres niveles o «componentes exteriores» del mismo: 1.º Los oligarcas (los llamados primates, prohombres o notables de cada bando que forman su plana mayor, residentes ordinariamente en el centro). 2.º Los caciques, de primero, segundo o ulterior grado, diseminados por el territorio. 3.º El gobernador civil, que les sirve de órgano de comunicación y de instrumento. A esto se reduce fundamentalmente todo el artificio bajo cuya pesadumbre gime rendida y postrada la nación. Hay que reconocer que casi tres cuartos de siglo no han aportado demasiados datos nuevos al análisis efectuado por el regeneracionista aragonés. No hace mucho que los aspectos cuantitativos más generales de las elecciones del período quedaron fijados en el «Elecciones y partidos», de Miguel Martínez Cuadrado. Pero el funcionamiento concreto de la institución, el traído y llevado «caciquismo» en las diferentes áreas no urbanas, marcaba hasta el momento uno de los más ostensibles vacíos en nuestra historiografía, tan reacia a la ejecución de monografías de ámbito regional o comarcal. La opción inicial constituye, pues, el primer mérito de esta «Historia de caciques, bandos e ideologías en la Galicia no urbana», que, escrita por José Antonio Durán, nos

llega editada por Siglo XXI.

Por lo demás, no es sólo la elección de tema lo que sitúa a José A. Durán en un puesto singular dentro de la historiografía reciente. Para comenzar, Durán parece moverse un tanto como pez en el agua en el área, Rianxo, en torno a la cual giran no sólo sus dos primeros libros —el que ahora comentamos y la antología rota de Castela, que le precedió—, sino la mayoría de sus restantes publicaciones. La observación personal, la investigación hemerográfica y de archivo, las fuentes orales, un trabajo complementario de búsqueda antidogmática de medios para la formulación de hipótesis de trabajo e interpretaciones, integran el marco de estas variaciones sobre la comarca rianxeira, a las que se suma una búsqueda final: la ruptura del lenguaje ritualizado de la literatura historiográfica y, en cierto modo, la reconciliación con la estricta expresión literaria, que refuerza la continua presencia del narrador en primera persona. Cambiando bastante las cosas, el único punto de referencia que recordamos en la reciente historiografía española para la empresa de Durán, consistiría en los dos momentos del trabajo sobre Macanaz que en su libro y en el artículo conmemorativo del «empapelado» regalista marcó una investigadora procedente de la creación literaria: Carmen Martín Gaité. Aquí, ambos momentos, el trabajo, o, mejor, los trabajos, del historiador y su precipitado, aparecen, si no fundidos, sí de forma conjunta. La objetivación habitual del texto histórico queda rota, y el lector no sólo se ve enfrentado con los problemas económicos, estratigráficos, culturales y políticos de Rianxo, sino con la soledad del autor, sus preocupaciones, sus fobias y sus curiosidades. Tal vez por falta de costumbre queda uno —y yo como cri-

tico contaré también mi experiencia personal de la lectura— algo perplejo ante este desbordamiento y ante la repulsa general que desde «temible soledad» practica, acompañado, según se ve luego, por algunos amigos, J. A. Durán. Sólo que la riqueza de sus claves interpretativas de la Galicia no urbana a comienzos de siglo, ejemplificada por el caso de Rianxo, compensa ampliamente esa posible dificultad.

Porque el libro de Durán, en modo alguno consiste en una defraudación al lector. En un momento en que tantos volúmenes se anuncian falsamente como resultado de pacientes lecturas, interminable rebusca en archivo, guía imprescindible o innovador estudio cuantitativo (cubierto sin sumadora), la «Historia de caciques...» cumple sobradamente con el propósito enunciado en la nota «a guisa de prólogo» y con el compromiso que representa el extenso trabajo previo mencionado en la misma.

El estudio del caciquismo arranca de su contexto: el medio social rianxeiro. Sobre el entramado de la miseria de campesinos y pescadores se desarrolla una vida rural jalonada por las festividades religiosas y, en los años que estudia Durán, marcada por la válvula de escape de la miseria: la emigración. En cuanto a estratificación social, por encima de la masa trabajadora, compuesta por las mencionadas categorías de campesinos, pescadores, con el abundante artesanado de la villa, se montan «los notables», los mayores propietarios de la tierra, los comerciantes, las profesiones liberales, etcétera, que apenas alcanzan a ser el 4 por 100 de la población.

La estratificación define el cuadro de tensiones políticas: «Son los comerciantes y los propietarios medios, acaudillados o influidos por algún cura o por algún médico influyente, quie-

nes se tienden a fundir en un bando desde el que, si las reglas del tinglado político general lo permiten, se dedican a defender los intereses del Estado y los suyos propios, llamando a este conjunto de intereses defendidos "bien común". Pero tanto la defensa como la posibilidad de ejercerla, como su propio sentido y la misma posición que ocupan en la jerarquía social, les remiten a sus amos, que son altos y fieles servidores, mediatizadores o configuradores del Estado, en cuanto que éste es estado de cosas y orden (o desorden) establecido: clase alta, privilegiada, dominante». En Rianxo, los dos partidos que articulan el caciquismo local, comerciantes liberales y propietarios medios conservadores, se agrupan en torno a dos «casas»: la casa Varela, los primeros, y la casa Mariano (encabezada por el padre de Castela), los segundos. Pero la organización del poder local en el caciquismo nunca es autónoma: responde a una articulación más amplia que asegura el funcionamiento, y la estabilidad dentro del turno, de una pirámide perfectamente jerarquizada. En el orden socioeconómico, el cacique juega como pieza intermedia al servicio de intereses superiores: así, el cacique liberal, el abogado don Manuel Vituro, que Durán describe en un espléndido capítulo, sirve y se apoya, como instancia superior, en la familia Gasset y en su aparato informativo. Los conservadores hacen otro tanto con la Iglesia y el marqués de Figueroa.

Con cierto exceso en sus referencias al celtiberismo, monta Durán su descripción del juego político en torno a 1910: un juego bastante complejo, «agrio», que apunta la riqueza de resultados que cabrá esperar de posibles estudios zonales sobre la política en nuestra Restauración. El conocimiento de la manipulación política

sobre el área local se configura así como paso previo necesario para entender el funcionamiento global del sistema de poder que la sustenta y utiliza. De ahí que Durán justifique la denominación de «tablado de marionetas» aplicado a la política local: «No son ellos, ciertamente —ni los liberales ni los conservadores—, quienes se hacen el agosto, sino que el agosto tiene otros beneficiarios. Y es lo grave: ya que las mayorías se alejan de todo al percibir que la totalidad no es sino miseria propia de notable, y las tales miserias son francas ganancias de un sistema que domina y maneja a unos y a otros».

Para entender, pues, qué fue la Restauración, habrá que seguir contando por un buen trecho historias de caciques. El brillante descubrimiento de esta vía habrá que apuntarlo en la cuenta de este historiador tan poco «científico», para fortuna suya y nuestra, que es J. A. Durán. ■ ANTONIO ELORZA.

Treinta años de economía española

La prensa española ha publicado estos días la escueta noticia de la muerte en Méjico de Félix

Gordón Ordás (1). Su obra como publicista en cuestiones de economía española es aquí en España prácticamente desconocida, así como su figura humana, profesional y política. Si bien es comprensible el desconocimiento de su vida en lo referente a su actividad política, no es tan explicable que se desconozca su personalidad en el campo de su profesión (veterinario al servicio de la Administración, preocupado por la modernización de nuestra cabaña) ni sus trabajos económicos. Su obra «Economía y finanzas en España, de 1939 a 1968» (2) constituye,

(1) Nacido en León, en cuya Escuela de Veterinaria estudió, fue inspector provincial de Higiene y Sanidad de Madrid hasta que Primo de Rivera le desterró a un puesto rural. Creó la Asociación Nacional Veterinaria Española, fue subsecretario de Fomento, director general de Minas y ministro de Industria y Comercio en el gabinete Martínez Barrio de 1933, diputado en tres legislaturas por su ciudad de León, secretario general del Partido Radical Socialista, secretario de Unión Republicana y vicepresidente de esta última. Su paso por el Ministerio explica su posterior vocación de economista.

(2) «Economía y finanzas en España de 1939 a 1968», México, D. F., 1969. Tomo III de Mi política fuera de España. México, D. F., 1965 y ss. Esta obra, junto con Mi política en España, México, D. F., 1961 y ss., constituyen las Memorias de Félix Gordón Ordás.

Félix Gordón Ordás.

